

Una carta enigmática de un vascongado

por

Miguel Herrero

En el riquísimo epistolario jesuítico publicado en el *Memorial Histórico Español* (Tomos XIII-XIX), hay una carta, de 7 de octubre de 1642, firmada por un vascongado, el hermano Diego de Echave, corresponsal del curiosísimo jesuita sevillano, P. Pereira. La carta es enigmática y oscura, hasta el punto de necesitar un corto comentario su interpretación. ¿Efecto de la torpeza peculiar de los vascos para expresarse en castellano? No excluiría yo absolutamente esta causa. Pero lo principal en este caso no es el vizcainismo del autor sino las materias de que trata, la calidad de las personas que nombra y lo escabroso del asunto que comunica a su citado corresponsal de Sevilla.

He aquí la carta, o mejor dicho el trozo copiado por el P. Pereira y conservado entre sus cartapacios:

«No faltarán cantores para la capilla Real, pues los señores de título que fueron con S. M. a Zaragoza, están con el beneficio del Sr. Florián. Sus mercedes tienen renta, y así querrá S. M. ahorrar la que había de gastar con los cantores en la capilla. Ellos comienzan a pagar la pena de su pecado. Los señalados son el de Veraguas, Ariscoto y el de Oropesa. Bien empleado les está. Y escriben algunos cirujanos que les va muy bien en aquella tierra, pues todos están perdidos de mujercillas. ¡Miren qué modo de aplacar a Dios! ¡Y luego nos escriben que nos azotemos! De Madrid, a 7 de octubre de 1642. Hermano Diego de Echave.» (M. Hist. Esp. T. XVI, p. 469).

El docto editor del epistolario, don Pascual de Gayangos, advirtió ya lo obscuro del lenguaje del H. Echave, y le pareció

que dejaba aclarados sus conceptos con la siguiente nota, apuesta al nombre *Florian*: «Así parece leerse; pero pudiera leerse, *Flesian*. La alusión, sin embargo, está bastante clara por lo que más abajo se dirá». Lo que se dice más abajo del nombre Florian o Flesian ya lo ha leído el lector, y habrá visto que no hay tal claridad.

Vamos a aclarar nosotros las cosas: Florián (no Flesian), fué un cantor de la capilla real de la época de Felipe III y Felipe IV. Su voz trajo encantada a la corte durante varios años. No había función religiosa en el Palacio real que no fuese amenizada por la actuación de Florián, ya se tratara de ceremonias alegres, ya de actos tristes. En la «Relación del bautismo de la Infanta Ana María Antonia», hija de Felipe IV, que nació el día de San Antón (17 de enero), y se bautizó el día de la Candelaria (2 de febrero), en la Capilla Real, circunstancias todas que glosa en quintillas don Gerónimo de Cáncer y Velasco, se dice:

Y en fin, cuando ya salió
con festivos ademanes,
la música se excedió:
Florián por angel pasó
y los demás por Florianes.

(*Obras varias de don Gerónimo de Cáncer*. Madrid, 1651. h. 23 va.)

Y en la muerte de la Infanta Margarita, que sucedió a once de marzo de 1617, anota este episodio el cronista real Gil González Dávila: «El día antes de su tránsito, mandó que viniesen a cantar la Martínez y Florián, músicos de la capilla, y que la cantasen el *Magnificat* y el *Nunc dimittis*».

(*Historia de Felipe III*. Madrid, 1713, p. 196).

No monopolizaba Felipe IV el bel canto de Florián. También iba el nuevo Orfeo a funciones de Iglesia fuera de Palacio, cuando el rango o circunstancias de las personas reclamaban su presencia. En la profesión de Marcela, la hija de Lope de Vega, decoró la fiesta en las Trinitarias el cantor favorito del público madrileño, y Lope de Vega le pagó en tres versos inmortales:

Cantó las letras tierno y bien oído
el canario del cielo, de su canto
dulce traslado, Florián fluido.

(Lope, *Epístola a don Francisco de Herrera Maldonado*, en *La Circe*. Rivad. XXXVIII, 406).

La fama de Florián, como cantor, invadió todas las esferas y dejó rastro en diversas producciones literarias, en las que el nombre del celebrado músico anda como alma en pena, esperando una simple nota que lo saque de la *insignificancia*, en sentido literal. Leamos un momento a Gracián:

«Y habéis de saber, como lo vereis y aun lo probareis, que en medio de aquel gran patio de su placentero alcázar, brota una tan dulce cuan perenne fuente, brindándose a todos sin distinción en bellísimos tazones, unos de oro los mas altos, otros de plata los del medio, y los mas bajos, aunque no los gustosos, de cristales transparentes, con donosa figurería. Por ellos baja despeñándose con agradable ruido (malos años para la mejor música, aunque sean las melodías de Florian) un tan sabroso licor y tan regalado, que aseguran unos viene por secretos conductos de allá de los mismos campos Elíseos».

(Gracián, *Criticón*, III, 2; Renacim. II, 137).

En un entremés de don Francisco Bernardo de Quirós se encarece así la buena voz de un músico: «Este canta mejor que no Florián». (*Obras de don Francisco Bernardo de Quirós*. Madrid, 1656, p. 79).

Y en la obrecilla satírica titulada *Discursos de la Viuda de Veinticuatro Maridos*, escribe su anónimo autor: «Graznaba un grajo capón a su tiempo, que sin duda era Florián de infierno.»

(Obra citada, Rivad. XXXVI, 537).

En estos últimos versos citados apunta ya una idea que es la que nos va a servir de clave para descifrar la carta de Diego de Echave. Como los cantores de capilla por esta época eran castrados, y el vulgo los llamaba de ordinario *capones*, Florián y *capón* llegaron a ser voces sinónimas. Oigamos a Góngora:

Un conde prometedor
 me remite a vos, señor,
 para que me deis en pan
 y en adobo un Florián,
 suavísimo bocón,
 si le visten al capón
 sotana de mazapán.

(*Obras de don Luis de Gongora*, ed. Foulche-Delbosc. t. II. p. 389).

Sabemos, ya, pues, quién es ese Florián que el H. Echave saca a relucir en su nebulosa epístola: y sabemos además que Florián y capón son términos equívocos. Un paso más. ¿Dejó el celebrado cantor el palacio de Felipe IV, y quedó su puesto vacante en la Real Capilla, de modo que pudieran aspirar a ocuparlo los Duques de Veragua, Ariscot y Oropesa? Sí quedó, como lo revelan ciertos versos satíricos conservados en el código 3985, folio 80, de la Sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid. Es un soneto con estrambote que lleva este título:

«Al caso de Florián»

Y sin más explicación viene el soneto, que lo explica todo:

Prendieron entre puertas y entre rejas
 al tiple lindo, al de los melindritos,
 y sin hacer garganta ni dar gritos
 cortáronle el copete y las guedejas.

De par en par quedaron las orejas:
 y los de seda, digo gregüesquitos,
 puestos en tierra, míseros y aflictos,
 y las nalgas moradas y bermejas.

Hízose de la cámara, y le dieron
 la posesión, y los gajes tira
 bien merecidos a su loco intento.

Diéronle sueltas los que le prendieron

y escupido Cupido se retira,
puestos los guantes, a su alojamiento.

Y dentro en su aposento
algunas quejas dijo contra el cielo,
viéndose sin guedejas y sin pelo.

¡Sic transit gloria mundi! En esto vino a parar el «canario del cielo». Una azotaina, un corte de pelo y una degradante despedida de Palacio, pusieron fin a una carrera artística que dejó resonancia en la Literaruta española del siglo de oro.

Creo que los versos antes transcritos de Góngora envuelven una alusión al hecho que más abiertamente descubre el anónimo soneto. La *sotana de mazañán* equivale al *jubón de azotes* que vulgarmente significaba la azotaina impuesta como pena a alcahuetas, ladrones, etc. Además, todo el tono despectivo de los versos gongorinos, dejan ver un Florián ya en desgracia de la Corte.

Este fracaso de Florián debió ocurrir antes de la fecha en que firma su carta el H. Echave. El caso sería la comidilla del público. Nada, pues, más a propósito para indicar a quien estaba enterado del escándalo, que los señores tal y cual podían reemplazar a Florián en el cargo que había dejado vacante en la capilla del Rey. ¿Es que se parecían a Florián en sus feas costumbres? No creo yo. Lo que verosímelmente el H. Echave quiere dar a entender a su corresponsal es que varios señores del real séquito habían sufrido una operación quirúrgica, que los había dejado en condiciones de ser cantores de capilla. Y en tales condiciones, se comprenden también las palabras del moralizador jesuíta. «Escriben algunos cirujanos que les va muy bien en aquella tierra, pues todos están perdidos de mujercillas.» Evidente. Las muchas mujercillas que había, proporcionaban clientela, mucha y buena, a los médicos y cirujanos.

Declarados todos los extremos de la carta del H. Echave hay que convenir en que el vascuence influyó escasa o nulamente en la nebulosidad que envuelve sus conceptos; en cambio, influyó mucho la prudencia que el género epistolar reclama. Acordémonos de la definición que el Dr. Cristóbal Pérez de Herrera, médico del

Rey Prudente, daba a la *carta misiva*. «Tiene nombre de mujer, que por ser sindicada de no guardar secreto, dice que el nombre le basta. Si bien hay muchas que le guardan mejor que los hombres, siendo muy prudentes y recatadas. El que envía cartas, anda discreto en cerrarlas y sellarlas, pues entonces parece que la misma carta promete no dejarse leer ni ver.»
